

EDITORIAL

Su naturaleza abstracta hace difícil no preguntar: ¿qué es el silencio?, ¿un estado, una forma de resistencia, de sumisión, una privación voluntaria, el final, el inicio?

Para George Steiner, se trata de otro universo. En *Lenguaje y silencio*, plantea el problema de las matemáticas frente al lenguaje. Aquéllas han seguido un desarrollo tan particular y alejado de los alcances de este último que, en ciertas partes, se han vuelto intraducibles. Lo que implica que entonces hay parcelas de conocimiento humano que son inasibles para el lenguaje. Se le ha ponderado cuando éste no lo abarca todo. Mundos completos fuera de su alcance lo hacen tambalearse. El lenguaje, que para muchos ha sido la diferencia fundamental entre humanos y animales, no se ha diluido, pero su potencia es menor. Si existe lo indecible para el lenguaje, nos enfrentamos al silencio.

Para otros ha sido una actitud, un camino elegido. En la literatura están los ejemplos de Rimbaud, Rulfo, Salinger; que hacia el final de sus vidas decidieron callar. Su silencio fue la consecuencia inevitable (aunque casi incomprensible) que rubricó el portento de su obra. Ellos, sin embargo, han sido casos excepcionales. La sociedad actual globalizada, vertiginosa, llena de incertidumbres; no admite el silencio. Su sola concepción es inaudita. Una abstracción impura, imposible de realizar a cabalidad. Es una idea generada por el hombre pero incompatible con el mundo contemporáneo, y el mundo humano en general. Tendemos a expresarnos, a la comunicación. Es una lucha contra el “no-decir”, contra el silencio. La dificultad de la literatura está en eso, el escritor se enfrenta con lo indecible y se propone decirlo. Es una tarea difícil, tormentosa, que muy pocos toleran, y otros, agobiados por su propio genio, se resignan a hacerlo; y a veces, el duelo contra el silencio, se tolera también, en silencio. Rulfo, después de Pedro Páramo, a las preguntas obstinadas de los reporteros respondía estar siempre escribiendo una novela que el mundo nunca conoció.

La literatura no sólo se bate con el silencio durante su realización, sino también al salir a la luz, al manifestarse. Un texto habla cuando se encuentra a su lector, de otro modo es sólo mobiliario de biblioteca; objeto invaluable, venerado, pero intocable (e intocado) y fatalmente silencioso.

Hoy en día ocurre algo grave, se deja hablar al autor, antes que al texto. José Emilio Pacheco ha escrito que su obra está ahí y que él nada tiene que agregar. Actualmente el escritor presenta sus libros, no sin antes abrumarnos con su curriculum. Es la puesta en escena de la farsa del elogio la que está a la orden del día.

Nosotros no agregamos semblanza de trayectoria para los autores incluidos porque preferimos que el texto hable y el lector lo atienda por lo que es, no por quien lo escribió. Finalmente, sujeto y suceso son, ambos, meros accidentes. Y aunque no todas las obras literarias merecen el silencio (al día de hoy, por ejemplo, permanecen olvidados sinnúmero de textos valiosos de todas las épocas), creemos que si el texto vale, sobrevivirá a él.

En el presente número, autores de diversas generaciones y latitudes se enfrentan al silencio para hablarnos de él: Judith Castañeda, Luz Prieto, Mariana Villanueva Rosales, Jaqueline Juárez, Sergio Martínez Medina, Francisco Martínez Pérez, Víctor Ruiz Velasco, Enrique León y Giancarlo Huapaya; colaboran esta ocasión para el dossier; y como en cada entrega, otro buen número de escritores se integra en el apartado de: Otras Creaciones, completando la propuesta de este nuestro número tres.

Fabulación, testimonio, disertación. El silencio ha sido sólo un motivo; de los textos importa más su valor y aportación que su forma o procedimiento. Queda en el lector la elección, el aceptar la complicidad, el pacto silencioso a favor o contracorriente de lo que nos ha congregado esta ocasión. El resto, diría Shakespeare, es silencio.

R. B. G.